

Páginas Ilustradas

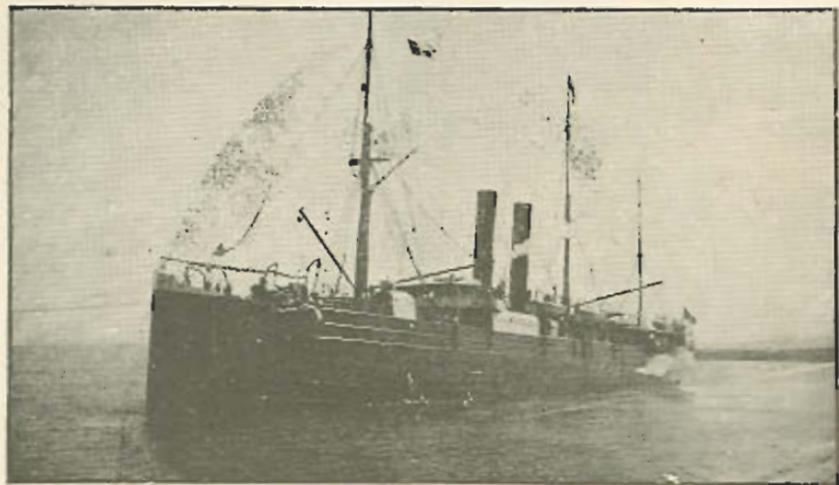


Año 7
Número 261

San José, Costa Rica

UNITED FRUIT COMPANY

LÍNEA DE VAPORES



La United Fruit Co. ofrece á sus favorecedores un servicio sin rival entre Puerto Limón y los puntos que abajo se expresan:

Vapores Cartago, Parismina y Heredia

de 5000 toneladas cada uno, harán un servicio de cabotaje así:— Entre Limón (Costa Rica) y Colón (Panamá) todos los miércoles á las 9 p. m., haciendo buenas conexiones con vapores para Kingston (Jamaica) y Santa Marta (Colombia). El mismo vapor regresará de Colón con escala en Bocas del Toro. Entre Limón y New Orleans, con escala en Puerto Barrios (Guatemala) cada sábado en la noche.

Vapores Limón, San José y Esparta

de 3300 toneladas cada uno, servicio semanal entre Limón y Boston. Salen de Limón los domingos.

Para más informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company en San José ó Limón y á los Sub-Agentes Sasso & Pirie, San José.

E. J. HITCHCOCK, Administrador



Costarriqueñas

Las quemas

*Todo está listo para las quemas:
los labradores sobre las rondas
prenden el fuego... Color de gemas
toman las llamas quemando frondas.*

*Los vientos soplan y las corales
salen en fuga de la maraña;
saltan las chispas á los cañales,
y de éstos vuelan á la montaña.*

*Arden los montes y arrecia el viento
como una trompa de acentos broncos,
y entonces se oye como un lamento
que al desgajarse lanzan los troncos.*

*Y por la noche mira el labriego,
cual si salieran de la negrura,
dos grandes sierpes hechas de fuego
peregrinando para la altura.*

Lisimaco CHAVARRÍA

El Alma Inmóvil

A
Vargas Vila

Homero está tranquilo: sus épicas canciones tienen relampagueos, vórtices y explosiones; pero él está tranquilo, como gimnasta raro que sin quemarse pasa por entre el ígneo aro.

Y Dante está sereno; canta obscuras regiones de tormentos rebeldes y sórdidas pasiones; pero él está sereno, como solemne faro que en la pavorosa negra pone su punto claro.

Shakespeare y Goethe ahondan dos abismos profundos —corazón y cerebro— donde se agitan mundos; y ni el inglés se inquieta, ni el alemán vacila.

Así la audaz cumbre, del hielo de su frente desata como el genio las iras de un torrente; pero ella como el genio también está tranquila.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Prosas viejas

Notas de viaje

La balandra se desliza lentamente sobre las tranquilas aguas del golfo, por entre una multitud de islotes y peñascos escarpados, que en la oscuridad de la noche toman proporciones gigantescas y aspectos caprichosos.

Ya parecen cíclopes puestos en actitud amenazadora, como para entrar en lucha, ya mudos vestiglos encargados de guardar la entrada de este golfo maravilloso.

En frente de nosotros se levanta, abrupta y erizada, la isla de *Zacate Grande* con sus bosques impenetrables.

En medio del tono verdí-negro del bosque, sobresale la nota plomiza de una casita de paja, colocada a pocos pasos de la playa y habitada, al decir de uno de nuestros marineros, por una pareja de recién casados que allí, lejos de los hombres y oyendo eternamente el arrullo de las aguas temblorosas del mar, se entregan por entero a la tarea agradable de ser felices.

Un poco atrás, hacia la derecha, queda un islote negro que las olas han horadado hasta hacerle tomar la forma de un puente, por entre cuyo arco se divisa el océano como río inmenso, de poca anchura en las faldas del islote, pero que, a lo lejos, en el horizonte, tiene por riberas los azules cortinajes del cielo.

Bordeamos con lentitud la isla de *Zacate Grande* y enfrente de nosotros se destaca, con perfiles cada vez más marcados, la isla a cuyos pies está tendida *Amapala*.

A medida que la balandra avanza, se modifica el aspecto del paisaje, y ya los islotes que defienden la entrada del golfo, despojados de su apariencia caprichosa, poco a poco se van borrando en medio del tono azul oscuro de las olas.

Son las once y media y la luna principia a asomar su disco de enfermiza blancura allá por detrás de la isla del *Tigre*.

El paisaje se ilumina con su luz pálida, tomando tintes melancólicos, y el ambien-

te se satura de la romántica poesía que esparce en las noches primaverales, difundida en sus rayos color de perla, esa pobre virgen que cruza silenciosa el cielo, como en demanda de un amante, eternamente perseguido, jamás encontrado.

De pronto, al librar un brusco recodo de la isla que bordeamos, aparece ante nosotros, hacia la izquierda, la cordillera de Dipilto, iluminada por inmensa serpiente de fuego que aprisiona entre sus brillantes anillos las cumbres de las montañas.

Son las quemas que, por los meses de enero y febrero, hacen los agricultores con objeto de limpiar sus terrenos, dejándolos preparados para nuevas siembras, y que en el soberbio panorama de la noche semejan espléndidos fuegos pirotécnicos dispuestos por un genio poderoso en honor de los dioses.

El recodo de la bahía que avanza hasta acariciar las faldas de la cordillera parece un mar de fuego, y en el cielo también se refleja la llamarada, produciendo derroche espléndido de encendidos matices.

Del puerto, cuyas casas apiñadas se divisan á lo lejos, nos trae la brisa el eco suave de una serenata, cuyas notas se confunden en una sola armonía, con el cansado murmullo de las olas.

Ahora avanzamos á fuerza de remos, por entre una nube de canoas y lanchones que se mecen con acompasado movimiento á impulso de los vaivenes de las aguas de la bahía.

Nos vamos aproximando al muelle, cuya casilla colorada se destaca ya á poca distancia de nosotros. Dos marineros, dejando los remos, preparan el ancla, mientras el patrón da órdenes con su voz de flautín destemplado, sin dejar un punto la rueda del timón, que, con movimientos rápidos, hace girar de un lado para otro.

En el edificio de la Comandancia brillan dos luces, y el grito de *¡centinela,*

alerta!, murmurado por una voz que el sueño hace tartamudear, es el único que viene á romper el silencio que, á manera de pesada niebla, envuelve el puerto.

Ya las notas de la serenata se han extinguido y á poco vemos salir por una bocacalle que da á la playa una escolta que así, recatada en la sombra y marchando sin hacer ruido alguno sobre la arena de la costa, da impresión extraña.

Una voz bronca nos grita desde la casilla del muelle, previniéndonos que no debemos seguir adelante, á causa de lo avanzado de la hora, y el ancla cae pesadamente, levantando un torbellino de espuma.

* * *

Del fortín que domina la entrada de Amapala se divisa, con el auxilio de un anteojo, la caseta roja del muelle de la Unión. Nosotros, gracias al poco porte de la balandra, que apenas si alcanza ocho metros de largo, podemos marchar en línea recta por medio de los islotes regados enfrente del puerto, sin buscar el canal que sirve á las embarcaciones de gran calado. De esta manera economizamos dos terceras partes del camino.

Marchamos lentamente. Las velas, que por momentos se hinchan, haciéndonos adelantar algunos pasos, caen pronto, como desanimadas, á lo largo del mástil. Parece que el viento se burla de nosotros; pero somos sus esclavos y tenemos que aceptar resignados sus bromas y caprichos. Dichosamente no sentimos todavía la pesadumbre del sol.

Sentados á lo largo de una de las bandas de la embarcación, se entretienen los marineros en comentar el suicidio de un comerciante extranjero, establecido en Amapala, que en la mañana fué encontrado en la playa con el cráneo deshecho de un balazo. Como se ignoran los móviles impulsaron á aqu

satisfecho de la vida, á suicidarse, dejan ellos correr las más extrañas hipótesis. Alguien dice: «el amor». Y entonces recuerdo las palabras de una mujer joven y bonita que en una ocasión sostuvo en mi presencia que nadie se suicida por amor. Vosotros sois así—decía, dirigiéndose á sus contrincantes,—cuando queréis de veras á una mujer, apenas si hacéis otra cosa que llenar el aire de inútiles clamores á cada desvío. Llega la hora de la ruptura, y os sentís morir, y vuestro espíritu y vuestra inteligencia caen en uno como profundo sopor que no os inspira sino ideas tranquilamente melancólicas. Pero cuando la vanidad juega papel importante en vuestra pasión, entonces sí que, heridos en vuestro amor propio, os transformáis en fieras. ¡No calumniéis el amor! Decid que la vanidad es la causa única de vuestras locuras y de vuestros crímenes. El fatalismo de estas palabras recordadas involuntariamente, me causan profundo descorazonamiento. Parece que en el mar sentimientos é ideas adquieren extraños matices. El espectro de nuestra pequeñez está continuamente en nuestra imagina-

ción. El acaso es el soberano absoluto. Dejamos de ser los reyes de la creación, para convertirnos en ciegos esclavos de la casualidad. Ahora nada me parece tan ridículo como el lote maldito de las locas vanidades humanas.

Conforme nos alejamos, los sonidos que del puerto nos llegaban se van haciendo más vagos. Casi no se oyen ya más que el monótono golpetear del agua que azota los costados de la balandera y los chirridos de las velas que giran pesadamente. El sol se aproxima cada vez más al meridiano y un abrumante atetargamiento se apodera de la tripulación. El paisaje es cansado. A un lado y otro, islotes desprovistos por completo de vegetación sana. Enfrente y atrás, el mar. La monotonía de la naturaleza me desespera. Quiero recurrir á los recuerdos que llevo guardados en el alma, quiero repasar las esperanzas que me alientan, y me encuentro conque ni en los unos ni en las otras hay variedad. Nuestras ansias de hoy son iguales á nuestras ansias de ayer é idénticas serán las de mañana. ¡Recuerdos y esperanzas! Aires invariables de un or-

Pensamiento

Sentí en el alma un natural deseo de cantar. A la orilla del camino, hallé una lira—no cual la de Orfeo—y obedezco al mandato del destino, tan ciegamente, que mañana—cuando, tráfuga de la vida, me deserte—quizás celebre madrigalizando mis tristes desposorios con la muerte.

JUAN RAMÓN MOLINA
(Hondureño)

ganillo callejero que nunca cambia de cilindro. ¡Y aun habrá quien se deleite haciendo girar el manubrio! Los cuadros de la naturaleza no tienen más vida que la efímera que les presta nuestra inteligencia. ¡Y son tan escasas las facetas de esa piedra preciosa escondida en las profundidades del cerebro!

Para alejar las ideas que me atormentan echo mano de un libro, que tengo que arrojar á poco. ¿Para qué se escribirá si nunca se logra por completo cautivar el alma? En alguna parte he leído, hace muchos años, este pensamiento: «Parece haber dispuesto la naturaleza que las necesidades de los hombres sean pasajeras; desgraciadamente, los libros las immortalizan».

De las bellas artes, la música. El más soberano artista de la palabra no conseguirá llegar jamás á la cima en que el genio musical se pasea triunfante. El más gallardo poeta nunca acertará á despertar

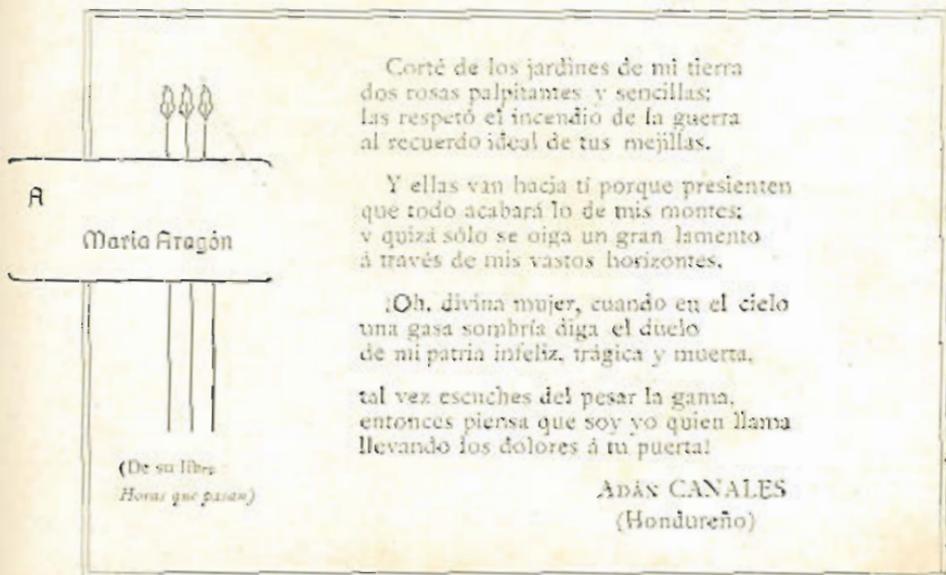
la parvada de sensaciones que ante la inspiración musical sentimos desbordárenos dentro del pecho y subir hasta el cerebro y apoderarse por entero de nuestros sentidos. Por eso, mientras Víctor Hugo es el Impotente, Beethoven es el Triunfador.

Hemos dejado atrás los islotes y navegamos en la bahía de la Unión. La marea baja, y más de una vez sentimos cómo raspa la quilla en el suelo arenoso. Una fuerte sacudida nos da el aviso. Hemos varado y será preciso aguardar á que la marea nos ponga á flote. Entonces salto al pequeño bote de la balandra y, remando con golpe lento y acompasado, me dirijo á la playa más próxima, agujoneado por el deseo de estar solo.

Y, abrasada la frente por el beso calcinante del sol, gozo con la tensión que el trabajo físico imprime á mis nervios y á mis músculos...

ERNESTO MARTIN

1896



A

Maria Aragón

(De su libro
Horas que pasan)

Corté de los jardines de mi tierra
dos rosas palpitantes y sencillas;
las respetó el incendio de la guerra
al recuerdo ideal de tus mejillas.

Y ellas van hacia tí porque presienten
que todo acabará lo de mis montes;
y quizá sólo se oiga un gran lamento
á través de mis vastos horizontes.

¡Oh, divina mujer, cuando en el cielo
una gasa sombría diga el duelo
de mi patria infeliz, trágica y muerta,
tal vez escuches del pesar la gama,
entonces piensa que soy yo quien llama
llevando los dolores á tu puerta!

ADÁN CANALES
(Hondureño)

Nuestros hombres

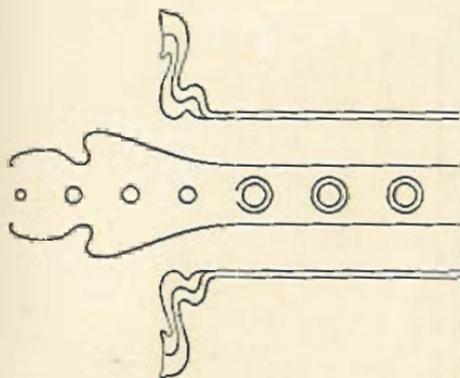


Licenciado don Napoleón Sanabria
actual Presidente de la Junta de Educación
de San José.

Señorita

Esperanza Castro

Fot. Rudd



**Acariciaba los
bracitos del
pequeño...**



La noche era oscura, muy oscura!

Las bombillas de la luz eléctrica se balanceaban impulsadas por un fuerte viento que empezaba a desatarse en la ciudad. Un ronco y largo trueno hizo temblar las vidrieras de las casas donde todos dormían tranquilamente.

Con paso vacilante, una mujer, una pobre madre caminaba por el interior de un parque llevando en sus brazos a un niño que tiritaba—como ella—de frío; que lloraba—como ella—de angustia. A su paso las flores doblábanse sobre sus tallos como para saludar con respeto a la pobre, triste y desheredada madre que envuel-

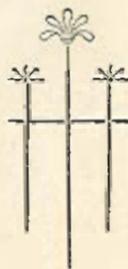
ta por una lluvia, por un fuerte viento acosada, caminaba a tranco torpe sin rumbo alguno y sin más compañero que un Perrillo que aullaba tristemente...

Un rayo, un rayo que cual ignea serpiente iluminó el cielo negro, despertó al niño y pudo verse entonces dos pequeños y azules ojitos abrirse desmesuradamente,

El reloj de la iglesia dió doce lentos campanazos, la madre detúvose en la puerta de la casa de su amante... causa de su desgracia, de sus sufrimientos y congojas y llamando repetidas veces a la puerta, se acurrucó con su hijo, ya cansado, en un rincón de aquella casa.



**Señora
Julia Calderón
de Reyes**



Fot. Paynter Bros.

En el interior de este hogar se oía el fuerte y tranquilo respirar de un perverso. Afuera el lloriqueo de un niño...

Las horas pasaban, la ciudad despertaba. El cielo se extendía en tersa bóveda de joyante seda azul. Y al levantarse poco a poco el sol, por la enjuta faz de la madre

rodaron dos gruesas lágrimas, mientras el perrillo aullaba tristemente, y con su hociquillo acariciaba los bracitos del pequeño... muerto sé!

VICTOR MANUEL ROJAS
Alajuela, Noviembre de 1910.

Crónicas de París

La nueva moda



Hoy, amigas mías, voy á «descubrir» una nueva moda. No creáis que se trata de la forma novísima de un sombrero—que siguen siendo grandes, ni del corte atrevido de una falda—que continúan siendo estrechas.—ni de un prendido, ni de un peinado, ni de un perfume... Hoy amigos míos, no tendréis que echaros á temblar pensando en el nuevo desembolso que la moda va á obligaros á hacer para

satisfacer el capricho de vuestra mujer ó de vuestras hijas.

Y, sin embargo, se trata de una moda que constituye una verdadera revolución en la *toilette* femenina. Es una cosa elegante, distinguida, *chic* y, sobre todo, barata... ¡Oh, barata sobre todo...! ¡No lo dudéis!

Pero, como no es cosa que se lleva á la vista, resulta un poco difícil de descubrir.

Pondremos tacto en la pluma antes de proceder á lo que pudiéramos llamar el *deshabillé* de la parisiense.

La parisiense elegante ha pasado la *soirée* en el teatro, ha ido después á un *restaurant* á la moda á la hora del *souper*, y á las dos de la madrugada regresa á su casa. Entra en su gabinete y comienza á desnudarse.

Lo primero que se quita es el sombrero... ¡Oh! ¡La migraine...! Todas las mujeres elegantes, al regresar á su casa de madrugada, padecen un poco de *migraine*... La culpa es del sombrero... No es posible llevar impunemente tres kilos de peso en la cabeza por espacio de seis horas...

¡Fuera el sombrero, pues! Ya mientras subía la escalera de su casa ha ido quitando los alfileres, y á veces el sombrero también. Generalmente, cuando entran en la habitación, llevan ya el sombrero en la mano... ¡Oh! Lo que pesa aquel armatoste... ¡Y sin embargo, cuando le compraron les pareció tan ligero! ¡Una pluma!

Inmediatamente después del sombrero se desprenden de la capa, y enseguida de las preseas... Uno á uno caen los brazaletes, una á una se quitan las sortijas, los collares, los prendidos... Dos puntapiés al aire y salen revoloteando los zapatitos... Y, de repente, aquella mujer que os pareció grande, bien construída, proporcionada en todo y por todo, al quedarse sin sombrero y sin zapatos la veís reducida á su mínima expresión... ¡Santo Dios! ¡Y ésta es aquella!

Pero no os asustéis, porque todavía tiene que quedarse más reducida. Otra

de las causas de la *migraine*—además del sombrero—son los *chichis*. Los *chichis* son esos dos kilos de pelo que se colocan en la cabeza en forma de trenzas a la turca, de rizos colgantes, de postizos para rellenar, y en fin, las infinitas *meuliras* con que se adornan estas pobrecitas cabezas ralas... Una mujer sin *chichis* queda todavía más disminuida é insignificante.

Nuestra parisina, despojada ya de todo aquello que la estorba, comienza á desnudarse... Hay que desabrochar los innumerables corchetes del corsaje, corchetes que ha colocado la modista caprichosa y arbitrariamente, aquí y acullá, dos en el hombro, tres en la cadera, cinco en la espalda... Después, la segunda serie de corchetes que sujetan lo forros. Y, por fin, la *toilette* se desprende sola y cae á sus pies.

¡Dios mío! ¡Cómo describir esto! Si, no obstante, es preciso que os lo diga si queréis saber en qué consiste la nueva moda introducida sabiamente en la *toilette* seminal... ¡Cuál es este novísimo detalle de suprema elegancia que nos deja mudos de asombro? ¡Quién es el voluptuoso *rafiniert* que idea cosas semejantes? Porque esta moda va á cundir, es indudable; y además es una moda revolucionaria... ¡Es la muerte de las ligas!

Si... las ligas ha dejado de existir... Kant, el filósofo, inventó—si no mienten las crónicas—la liga hecha con cuerdas de violín, para evitar el dolor de las varices... Después, nuestras elegantes idearon las ligas de goma, de tela y de *caoutchouc*...

Ultimamente llamábamos ligas á unos aparatos incómodos que las mujeres colgaban á los lados del *corset*, y con los cuales enganchaban los bordes de las medias... ¡Oh, lo que estos aparatos han hecho gozar á los fabricantes de medias...! Porque ya se sabía... estrenaba una mujer un par de medias, enganchaba los sujetadores, y, ¡zas!, todo un hilo largísimo se desprendía abriendo la media en dos partes... ¡Par de medias estrenado, par muerto! Por allí, por aquel insignificante hilito roto, se «marchaba» toda la media á la segunda postura...

¡Pues bien, esto es lo que ha muerto! ¡Se acabaron las ligas! Nuestra elegante parisina ha suprimido las ligas *vieux jeu* substituyéndolas con un procedimiento sencillo y *chic*. Figuraos que ha cosido

una ancha cinta de seda en el extremo del *corset* y otra cinta en el borde de la media... Con ambas cintas hacen un lazo grande, artístico, y la media queda sujeta y el efecto resulta encantador...

Y á eso se reduce la nueva moda, que, como veís amigas mías, es trascendental, y, como observaréis, amigos míos, no os va á costar gran cosa para poder complacer á vuestra mujer ó á vuestras hijas.

JOSÉ JUAN CADENAS

Bibliográficas

Las firmas nuevas

“Verdad”

De La Plata, importante centro de la América del Sur,—hemos recibido en canje este notable diario, cuyas dimensiones, texto é impresión dicen muy alto del periodismo hispano-americano.

Doble sorpresa tuvimos al desdoblar el periódico aludido y al notar que algunas columnas habían sido marcadas con grandes rayas de tinta, para llamarnos la atención. Nos detuvimos atentos y al cabo experimentamos el placer de leer al pie de ellas la firma de Adolfo Esquivel de la Guardia.

«El Baño» poema de una corrección y belleza emocionante, cubre toda una columna del amplio diario platense y hay otro trabajo que por su importancia y donosura, la dirección de “Verdad” dispuso publicarlo en folletín especial, dando así una muestra elocuente del aprecio con que se distingue en aquellos lejanos países, lo que entre nosotros ha sido desdeñado é ignorado.

Se trata de un amplio estudio crítico sobre la obra reciente del admirable psiquiatra y literato notabilísimo, Dr. José de Ingenieros, intitulado “Al margen

de la Ciencia". La corrección del lenguaje, la belleza de la forma arrogante, la más sólida argumentación, y por sobre todo el lógico encadenamiento del estudio, su derrotero y las conclusiones y opiniones que luce el trabajo de que nos ocupamos, ponen muy por encima de *consagradas celebridades críticas* el nombre de nuestro compatriota

Adolfo—poeta de verdad, sin *bombo* y sin retrato *triste* en esta y aquella revista, trabaja con laboriosidad benedictina y acumula en sus arcas un tesoro poético, que le permitirá pronto presentarse en el campo literario con todo el bagaje que para sí desearan muchos literatos reputados y dueños del campo lírico.

A él no le importa el desdén de la patria, porque en cambio goza de alta estima en Buenos Aires, La Plata y otros centros del Sur, en donde se le da lugar de preferencia á sus producciones.

Estas frases no tienen otro fin que denunciar una injusticia, y enviar un aplauso fraternal desde esta tribuna á un artista que con sus producciones enaltece en el extranjero el nombre de este país de la frialdad y del reinado brillante de los hombres prácticos. ...

R. V.

Cuento de Amor

COMEDIA

de Ernesto Martín

DE VENTA EN TODAS
LAS LIBRERIAS

Celebridades universales

La siguiente exposición constituye una legítima expectativa para aquellos que no estén satisfechos con la suerte.

- Homero, fué hijo de un labrador.
 - Virgilio, hijo de un portero.
 - Horacio, hijo de un tendero.
 - Esopo, fué esclavo en su juventud.
 - Eurípides, hijo de una verdulera.
 - Epícteto, el afamado filósofo, fué esclavo.
 - Demóstenes, hijo de un cuchillero.
 - Milton, hijo de un escribano público.
 - Colón, de un cardador de lanas.
 - Molière, sastre.
 - Alberoni, Ministro español, fué hijo de un jardinero.
 - Cook, el gran navegante, hijo de un criado.
 - Linneo, naturalista célebre, fué aprendiz de zapatero.
 - Cervantes, fué un simple soldado.
 - Oliverio Cromwell, hijo de un cervecero.
 - Howard, el célebre filántropo, fué tendero.
 - Shakespeare, hijo de un traficante de lana.
 - El Cardenal Cisneros, fué pastor de cerdos.
 - Napoleón, fué hijo de un médico.
 - Franklin, fué hijo de un jabonero.
 - Cincinato, era labrador.
 - El mariscal Ney, era hijo de un tonelero.
 - Masena, fué soldado raso.
 - Kleber, hijo de una lavandera.
 - Soult, hijo de un choricero.
 - Jackson, de pergaminos modestísimos.
 - Abraham Lincoln, fué portero y leñador.
 - Jefferson, sastre.
 - Grant, curtidor de cueros.
 - Garfield, hijo de un pobre labrador.
 - Juárez, hijo de un campesino indio.
- Una alcurnia modesta nunca fué ni será obstáculo para escalar las alturas del poder á donde se cierne el genio.

Resonancias del terruño.

Por Ramón M. Quesada.

Últimos días de Cartago*Continuación*

XI

Para aquellas personas que hayan tenido la paciencia de seguirme hasta aquí, en el relato de episodios aislados, que resultan pálidos, descoloridos, cuando se ve frente a frente la pavorosa realidad, y que en manera alguna podrán dar más que una idea aproximada de la súbita destrucción de una ciudad tenaz, altiva y pujante, y que desearían conocer la mayor suma de detalles, fuera de los numerosos que ha venido publicando toda la prensa nacional desde el 5 de mayo, para reconstruir mentalmente las escenas de congoja y de terror, de abnegación y humanidad, de desesperación y heroísmo de aquella infausta noche, he solicitado la colaboración de algunos amigos, testigos presenciales de la catástrofe, quienes me han facilitado interesantes datos, que vienen a redondear estas impresiones, desordenadas, como lo estaba después del rudo golpe, el espíritu de cada uno de los cartagineses, pero sinceras en la exposición sencilla de la verdad.

Al llegar a este punto y echar una ojeada sobre lo que fué nuestra hermosa ciudad, con tantas y tan sólidas construcciones de calicanto y de ladrillo, y algunas hasta reforzadas por vigas metálicas, que, para el caso del terremoto, resultaron tan perfectamente inútiles como los tradicionales adobes de tierra; y al imaginarme lo que pudiera ser mañana una ciudad ligera, confortable, con habitaciones aerreadas y perfumadas por centenares de jardines, pero hecha de materiales que exigen periódicas renovaciones, si por otros accidentes que no sean los naturales del tiempo, no hay que rehacer en corto plazo la obra que tanto cuesta para vivir con menos inquietud y menos peligro, no puedo menos de recordar una expresión profética de mi padre, que había nacido el año 11 del siglo anterior y vivió 86 años, quien al referirse a las catástrofes que había tenido ocasión de presenciar decía: «En Car-

tago cada generación tendrá que hacerse su casa».

Desgraciadamente esta predicción que era la de todos los hombres de experiencia de la próxima pasada centuria, se ha venido a realizar en lo tocante a la destrucción, pero todavía no, en lo concerniente a la reedificación total de la ciudad, de una villa y de multitud de barrios, que será obra de largo tiempo y de ingentes gastos, para los cuales las nueve décimas partes de los damnificados no estaban listos, y menos en esta época de crisis económica porque atraviesa todo el país.

Antes de proseguir mis observaciones personales, debo ceder aquí la palabra a aquellos amigos a que antes me he referido, siguiendo en la publicación el orden en que he recibido la correspondencia.

Le toca pues, el turno al Coronel don Arcadio Quirós, gobernador que fué de Cartago en las postrimerías de la administración del señor Licenciado González Víquez.

—«Me pone U., dice el señor Quirós, en un compromiso al pedirme mis impresiones personales sobre el terremoto de la noche del 4 de mayo próximo pasado, porque fué tal la sorpresa de la espantosa desgracia, que dudo haya persona alguna que pueda dar exacta idea de lo que en esa noche pasó, noche inolvidable para todos los cartagineses, como lo será para las generaciones futuras a quienes la actual transmitirá con todos sus detalles el relato fiel de lo que presencié».

Hacia el anochecer salí del galerón donde dormía con mi familia, dirigiéndome a un corredor que quedaba al frente, con el fin de tomar mi sombrero para irme a casa de don Manuel de J. Jiménez, en donde iba a reunirse la Junta de Socorros, y cuando ponía los pies en dicho corredor, oí como si la tierra hubiese sido volada con dinamita; vi que la casa se me venía encima, y, por instinto de conservación,

salte hacia el patio y caí de espaldas. Me levanto, corro en busca de los míos, encuentro parte de ellos en el galerón, pero me faltaban tres de mis hijas; las busco y hallé por milagro á dos de ellas en la calle; á la otra, no la veo, pregunto al policial de punto fijo, y me dice que la vió entrar por la puerta siguiente, momentos antes. Creí que ya era víctima mi hija, porque esa parte de la casa también cayó de golpe. Entro por sobre los escombros, la llamo desesperadamente, y cual no sería en parte mi alegría al contestarme — papacito, aquí estoy aterrada, sáqueme pronto porque me ahogo; enciendo un fósforo, y efectivamente la veo cubierta de escombros hasta el pecho. Grité, pidiendo luz, y con ayuda de su marido que llegó en ese momento, de un pariente y de dos policiales, pude con muchas dificultades extraerla, bastante lesionada. Afortunadamente con los cuidados médicos su mejoría fué pronta.

Cuando me convencí de que ya no faltaba ninguno de mi familia, salí á la calle á recorrer la población para cumplir con mi deber, pues ejercía el cargo de Gobernador de la Provincia, y me encontré con serias dificultades por los pocos recursos de que podía disponer en esos momentos, pues cada cual estaba atendiendo á los suyos ó buscándolos entre las ruinas. No tenía gente para prestar el auxilio necesario y di orden para que de los barrios vecinos me mandasen inmediatamente trabajadores, pero como todos estaban en las mismas circunstancias que en la ciudad, no llegaron sino unos pocos de San Rafael, y uno que otro de los demás distritos. Con éstos y la policía, y parte de la guarnición del Cuartel, algo se hizo. Toda esta gente se portó muy bien, pero por lo exiguo del número no podía atender á toda la población.

Cuando iba por las calles, de todas partes, de debajo de los escombros, partían lamentos y gritos desesperados demandando auxilio para los deudos y amigos; esto es indescriptible, y sólo el recordarlo da horror y compasión. Muchos corrían como locos, sobrecogidos de terror unos, y sin darse cuenta los otros de que iban á tientas sin rumbo fijo.

Como no pasaban cinco minutos sin que se sintiera un fuerte sacudimiento acompañado de truenos sordos, las paredes que no se vinieron abajo en el primer

choque iban cayendo una tras otra: parecía que la Naturaleza estaba propuesta á concluir con todo, y así había que transitar por media calle para evitar el peligro.

Con este sobresalto se pasó toda la noche, y al despuntar el alba llegó lo más espantoso: ver por todas partes sólo escombros y desolación, que no parecía sino que hubiésemos acabado de despertar de una de esas pesadillas terribles. Un nudo se atravesaba en la garganta al considerar la inmensidad del desastre, y sobre todo las víctimas que por todas partes se veían. ¡Qué espectáculo tan cruel, ver sólo ruinas de la que fué bella y ejemplar Cartago, cuna de tantos hombres notables de nuestra querida Costa Rica!

Esa misma mañana se dispuso inmediatamente enviar una cuadrilla al cementerio á cavar sepulturas ó grandes osarios en que depositar de nuevo los restos que por todas partes andaban dispersos. Era de urgente necesidad evitar una epidemia, y este trabajo originó serias molestias porque los peones no querían hacerlo, y en parte no carecían de razón, pues, el pánico por un lado, y la fetidez de los cadáveres exhumados, por otro, desalentaban hasta las más audaces y sin asco. Hubo irremisiblemente que emplear la fuerza para llevar á cabo la peligrosa empresa.

El Gobierno mandó tropa esa mañana, y parte de ella se destinó al cementerio. Mas tarde llegaron miembros de la Cruz Roja, quienes, con laudable y meritorio empeño, ayudaron al enérgico jefe de aquella sección don Alfredo Anderson, á quien Cartago debe estar agradecida, pues por su voluntad de hierro, el cementerio dejó de ser una amenaza para la salubridad pública, y la higiene fué atendida después con toda diligencia en la ciudad.

El espectáculo de recoger cadáveres y enfermos, para depositar á aquellos en la plaza del cuartel, mientras sus deudos ó amigos llegaban á reconocerlos, y á éstos en el kiosko del Parque, para vendarlos ó suministrarles anestésicos, entre tanto se les podía remitir á la capital, de donde los pedían con insistencia, era para que se le corrieran las lágrimas hasta á los más insensibles. Para facilitar el servicio de transporte había constantemente un coche en la estación del ferrocarril.

Se me olvidaba otra de las impresiones fuertes que experimenté, y fué cuando se quedó en tinieblas la ciudad: por haberse

apagado la luz y por el polvo que se levantó. Como los alambres caídos impedían el paso se ordenó cortarlos para evitar peligros, y fué cosa providencial la suspensión de la corriente eléctrica, pues de lo contrario el incendio habría devorado lo que quedaba, y la mayor parte de los habitantes habrían perecido carbonizados.

Todavía tendría yo mucho que agregar, pero me es imposible hacerlo.

No creo que la historia registre muchos casos iguales al presente, por lo raro, por la violencia y demás efectos causados por quien sabe que fenómeno, que en mi concepto, está aún por averiguarse".

—Hasta aquí la detallada narración del señor Quirós, que interesará de seguro á los que tengan afición á esta clase de lecturas, si no amenas por el asunto, si necesarias, para saber lo que ha pasado en un poético rincón de nuestro propio suelo, del cual nunca se habrá hablado ni escrito más en el mundo, según me dice un viejo amigo que vive en el extranjero, como ahora después de haber sido víctima de un inaudito cataclismo. ¡Glorias póstumas!

ENRIQUE BENAVIDES

Su zapatería, acreditada por su excelente material y fina confección, ofrece á su numerosa clientela grandes novedades en el ramo.

Panaderías Cubanas La Habanera

— Y —
La Espiga de Oro
— DE —

José María Odio G.

En esas acreditadas panaderías obtiene el cliente buen pan y trato fino de los dependientes.

Una visita os convencerá.

AMÉRICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

NOVIEMBRE de 1910

Símbolo de Progreso

Ninguna otra revista española es tan progresista ni tiene ideales tan elevados como AMÉRICA. Ninguna otra revista en español podrá proporcionarle el placer y recreo beneficioso que recibirá Vd. de AMÉRICA.

Compre el último número en una librería. Números sueltos se hallan á la venta en las principales librerías, kioscos y establecimientos en que se venden publicaciones, á 20 ctvos. oro el ejemplar. Compre ahí un número hoy, ó pídalo á los editores.

The América Company

Metropolitan Tower

New York, E. U. A.